

Estimadas y estimados lectores:

El año 2020 nos ha traído una grave pandemia derivada de la COVID-19. Hasta ahora pensábamos que esta situación que estamos viviendo, era más bien, un guion de película de ciencia ficción. Pero como tantas veces hemos podido comprobar, en ocasiones (más de las que nos gustaría admitir), la realidad supera a la ficción; y eso es lo que ha ocurrido y está ocurriendo en estos complicados meses.

La pandemia de la COVID-19 nos ha llevado a situaciones límite: colapso de sistemas sanitarios, confinamiento en casa para evitar propagación del virus, cambio de la docencia presencial a no-presencial, paro de las empresas productivas, cierre de fronteras, etc. Esta parálisis derivada del confinamiento ha puesto de manifiesto el qué y el qué no es necesario para el funcionamiento de una sociedad. Por encima de todo, esta crisis médica, con su repercusión social y económica, ha puesto de manifiesto que hay muchas cosas prescindibles, y otras, que son absolutamente imprescindibles. Los sistemas sanitarios se han visto desbordados en muchos países, la actuación de los cuerpos de seguridad de los países no daba abasto para garantizar la seguridad de los ciudadanos; los Gobiernos tenían que tomar medidas difíciles.

En definitiva, este virus ha puesto en jaque a todo el planeta, con mayor o menor intensidad, pero hemos aprendido mucho de esta situación. Hemos aprendido a apreciar la profesionalidad y vocación del personal sanitario. Hemos aprendido a adaptarnos. Hemos aprendido a desarrollar nuestra actividad profesional a través de videoconferencia, en la medida de lo posible. Hemos aprendido que la seguridad de nuestra sociedad se sustentaba sobre unas estrictas medidas de confinamiento. Hemos aprendido a «quedarnos en casa», sin poder abrazar y convivir con nuestros seres más queridos, amigos,

compañeros. Hemos aprendido que un virus, como tantos a los que nos enfrentamos cada día, puede poner en serio peligro a la humanidad. Y ahí es donde entra otro aspecto que hemos aprendido.

Hemos aprendido a necesitar y demandar I+D para superar esta crisis. Prácticamente desde los primeros compases de la pandemia, se solicitaba colaboración e investigación en diferentes ámbitos. Desde el primer día, ya se estaba trabajando en el desarrollo, en meses venideros, de una posible vacuna que evite esta pandemia. Desde el sistema sanitario se solicitaba a los sectores tecnológico, empresarial y universitario el apoyo con ideas y desarrollos para fabricación de respiradores improvisados, sistemas de protección, sistemas de desinfección, protocolos de actuación, etc.

Todo ello tiene un denominador común: inversión en I+D. Sin I+D (y transferencia) estamos condenados a no evolucionar y no poder hacer frente a otras situaciones que nos pueda deparar el futuro.

El compromiso de INGENIUS con la ciencia, tecnología y la generación de ideas innovadoras, siempre ha sido muy sólido. A lo largo de estos meses INGENIUS ha continuado su actividad que, en definitiva, es poner a disposición de la sociedad, los conocimientos del ámbito de la ciencia, tecnología e ingeniería, que permitan desarrollar soluciones tecnológicas en momentos de crisis, y contribuir al desarrollo sostenible de nuestra sociedad. Es cierto que la I+D es absolutamente necesaria, pero asimismo es cierto que la transferencia de tecnología, también lo es, puesto que permite aplicar la I+D en productos y servicios útiles y necesarios para nuestra sociedad.

Quizás todavía no sepamos qué no es necesario, pero lo que sí ha quedado evidente, es lo que sí necesitamos: inversión en investigación, desarrollo y transferencia a la sociedad y ahí, INGENIUS vuelve a reafirmar su fuerte compromiso al servicio de la comunidad científica internacional.

Rafael Antonio Balart Gimeno, PhD

EDITOR JEFE